

Nunca le mentiría a alguien de mi raza

Experiencias y estudios
sobre la identidad mexicana
en Chicago

FERNANDO VIZCAÍNO

Cuadernos de la Coordinación de Humanidades
Universidad Nacional Autónoma de México

15

\$ 20.00

El pasado se reconstruye; el futuro se construye. *Coordenadas 2050* busca contribuir al acercamiento entre la gente joven y las grandes voces de la investigación en ciencias sociales y humanas. Se trata de textos breves a cargo de especialistas en alguna de las casi trescientas áreas que se investigan en el subsistema de Humanidades de la UNAM, así como de otras entidades académicas.

La construcción de una idea de *futuro* viable, tangible, es uno de los temas permanentes en todas las áreas del conocimiento. ¿Tiene porvenir la humanidad? ¿Tiene alternativas el planeta?... Esta nueva colección de cuadernos universitarios invita e incita, tanto a los autores como a los lectores, a imaginar ese futuro y no ahogarse en las circunstancias del momento.

Nunca
le mentiría
a alguien
de
mi raza

Experiencias y estudios
sobre la identidad mexicana
en Chicago

Fernando Vizcaíno



COORDENADAS 2050

Cuadernos de la Coordinación de Humanidades
Universidad Nacional Autónoma de México



Enrique Graue Wiechers
Rector

Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo

Alberto Ken Oyama Nakagawa
Secretario de Desarrollo Institucional

Javier de la Fuente Hernández
Secretario de Atención a la Comunidad Universitaria

Mónica González Contró
Abogada General

Coordinación de Humanidades

Alberto Vital Díaz
Coordinador

Malena Mijares
Coordinadora de Divulgación y Publicaciones

Diego García del Gállego
Secretario Técnico del Programa Editorial

Jonathan López Romo y María Ordóñez
Asistencia editorial



Coordenadas 2050

Pablo Rulfo
Diseño

Primera edición: octubre de 2017

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
04510, Ciudad de México

Coordinación de Humanidades

Esta edición y sus características
son propiedad de la UNAM

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin la autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales

ISBN: 978-607-02-9475-4

Impreso y hecho en México

Vizcaíno, Fernando, 1963- autor.

Nunca le mentaría a alguien de mi raza: experiencias y estudios sobre la identidad mexicana en Chicago / Fernando Vizcaíno. — Primera edición.

24 páginas. — (Coordenadas 2050).

ISBN 978-607-02-9475-4

1. Mexicanos — Illinois — Chicago. 2. Inmigrantes — Illinois — Chicago. 3. México — Emigración e inmigración. 4. Chicago (Illinois) — Emigración e inmigración. I. Título. II. Serie.

F548.9.M5.V59 2017

LIBRUNAM 1950345

Nunca le mentiría a alguien de mi raza

Experiencias y estudios sobre
la identidad mexicana en Chicago

Después de tres años en Chicago y de otros más a distancia explorando la vida de los mexicanos en esa ciudad, mi primera conclusión es que las instituciones en Estados Unidos —la escuela o la iglesia, los centros de trabajo, las oficinas de gobierno, etcétera— tienen una función determinante en la recreación de la identidad mexicana. En una conversación que tuvo lugar en la primavera de 2011 con el profesor Ramón Gutiérrez, de la Universidad de Chicago, le pregunté cómo explicar la afirmación y persistencia de la cultura mexicana en Estados Unidos. Sin detenernos en el problema de definir conceptos como *anglosajón*, *protestante*, *güero* o *blanco*, *latino* o *mexicano* (que frecuentemente se interpreta como *hispano*), me respondió de manera práctica: la identidad es la respuesta a la discriminación que experimentan los mexicanos en Estados Unidos. Él creció entre una de las muchas familias hispanas que permaneció en Nuevo México, Arizona —o California— después de 1848. Su explicación era coherente con su historia y la experiencia de miles de hispanos que quedaron de pronto entre los páramos de la cultura norteamericana después de que México tuvo que ceder aquellos territorios. Me pareció eficaz. Sus palabras coincidían además con las teorías asumidas por casi toda la literatura sobre el tema: el racismo y las tensiones en su interacción con la mayoría blanca son cruciales en la construcción de la identidad. Empero, las conjeturas que luego comencé a esbozar fueron diferentes. Sin negar la experiencia de la discriminación, me pareció que la identidad se explica más bien por las instituciones sajonas. La identidad de un pueblo requiere de instituciones capaces de recoger y centralizar estos elementos y transformarlos en un sentido público y político. La cuestión principal, entonces, no es la discriminación o el choque cultural, sino cómo las instituciones registran los hechos, los organizan y responden con acciones colectivas. El lenguaje, por ejemplo, juega un papel importante. Hablar español en la familia es una parte de la identidad. Pero lo que realmente contribuye a la identidad florece cuando el idioma se convierte en parte de las instituciones, en los rezos en la iglesia, la enseñanza en la escuela, los libros en las bibliotecas, las recetas médicas en los hospitales, las noticias en los medios de comunicación. Esa fue, entonces, la idea que he asumido para explicar la identidad, incluso el nacionalismo mexicano en Estados Unidos: la afirmación y resistencia de la mexicanidad se

favorece cuando sus elementos se institucionalizan y ello sucede, paradójicamente, en el seno de las mismas instituciones anglosajonas.

Durante los años que pasé en Chicago, me involucré cada vez más en la vida cotidiana fuera del ámbito universitario. Sin negar la relación entre identidad y racismo, me asombró la actividad de los mexicanos dentro de las escuelas públicas o las iglesias y la adaptación de éstas para atenderlos. Entre mis primeras experiencias me extrañó que la policía de algunas ciudades como Chicago contratara personal hispano sólo para que los mexicanos desconfíen menos de la misma policía. Esa conexión entre hispanos, instituciones y empleados con características étnicas para favorecer la confianza se repite en los hospitales, las escuelas e iglesias, los supermercados o incluso en las prisiones y las distintas cortes judiciales. La transformación institucional y la atención a las minorías culturales había sido defendida por Charles Taylor con un principio general: las personas deben ser tratadas de acuerdo a su especificidad cultural o de lo contrario podría cometerse un acto de injusticia. Me conmovió especialmente el caso de las instituciones de impuestos. Una sociología de lo fiscal asume la conexión entre tributación, formación de las instituciones del Estado, percepción entre los contribuyentes de la calidad de éstas o los servicios públicos y formación de la identidad nacional: un grupo amplio de personas queda, de pronto, unido por un sistema impositivo y la promesa de obtener beneficios fiscales de los cuales el máspreciado es la justicia. El Servicio de Recaudación de Impuestos (IRS) creó en 1996 para todos Estados Unidos el Número Individual de Identificación Personal (ITIN) para los contribuyentes sin Número de Seguridad Social o que utilizan un número falso, la mayoría mexicanos sin documentos de migración ni permiso para trabajar. Mientras la policía de inmigración persigue a los “ilegales”, el IRS recibe sus declaraciones de ingresos y deducciones fiscales gracias al ITIN y, legalmente, envía a sus domicilios particulares un cheque por la devolución de impuestos y otros beneficios. Una manera de regularizar el trabajo y las ganancias que otras instituciones federales asumen como ilegal. La secrecía del IRS debe ser absoluta e impedir el acceso a sus bases de datos de la policía de migración. Sólo así los ilegales-legales seguirán confiando en el sistema tributario. Pero es en las oficinas que congregan a mexicanos y otros hispanos para elaborar sus declaraciones de impuestos, en derredor de unas cuantas computadoras y técnicos que llenan apresuradamente formatos del IRS con números de Seguridad Social falsos y códigos ITIN legítimos, donde se diluye la línea entre ilegalidad y legalidad y la cultura latina o mexicana es especialmente visible.

De las instituciones y múltiples experiencias he seguido especialmente algunos momentos que precedieron a la Casa Aztlán, continuación de una organización vecinal de “güeros” y a su vez resultado de la fusión de otras dos casas surgidas en el siglo XIX, en el barrio de Pilsen, a siete kilómetros al oeste de Chicago Loop, la Bethlehem House y la Howell House. Esas organizaciones fueron parte del gran movimiento de las Settlement Houses de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX que vinculaba a los universitarios con las comunidades pobres para ofrecer servicios de salud, jurídicos, cuidado de los niños, alimentación, religión. Identificadas como bohemias por el origen checo de la mayoría de sus miembros, la Bethlehem y la Howell House tuvieron al menos hasta 1950 una identidad europea bien definida. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mun-

dial, mientras del vecindario de Pilsen salían cada vez más combatientes al extranjero, aumentaba en el mismo vecindario el número de mexicanos que llegaban a Chicago a trabajar. Había mexicanos en la zona desde 1850, pero fue hasta mediados del siglo siguiente que su número aumentó rápidamente. La visión humana y el activismo social de la Bethlehem y la Howell House fueron cruciales para incorporar a los nuevos hispanos en las instituciones. Gracias a esta filosofía y sensibilidad cristiana hacia los inmigrantes, pero también a las necesidades de las casas de voluntarios para recaudar fondos y proveer servicios, los mexicanos aumentaron su importancia tanto en número como en jerarquía dentro de las mismas. La base religiosa en ambas instituciones y la cercanía geográfica de una y otra ayudaron a su fusión en 1962 bajo el nombre de Neighborhood Service Organization (NSO). Sin embargo, en 1971, un cambio gestado gradualmente iba a darle otro nombre a la organización, el de Casa Aztlán.

“Nunca le mentiría a alguien de mi raza”

La identidad abreva, casi siempre, de los elementos materiales o simbólicos comunes a un grupo de personas: el recuerdo, los hechos y las figuras del pasado, los héroes y antihéroes; el territorio y el viaje (origen, camino y destino, que real o imaginariamente unen a los peregrinos); la lengua y sus alteridades, la religión, el arte y la literatura, las luchas sociales, las derrotas y el sufrimiento; la raza y el sentimiento de desconfianza hacia los otros que no son parte del grupo; el vestido, la comida, la vivienda o el vecindario. Cualquiera que sea el nombre: nación, pueblo, comunidad latina, familia hispana, mexicanos o mexicoamericanos, chicanos o pachucos, el grupo en sí mismo y el sentimiento de pertenencia a éste son también elementos importantes de la identidad.

El problema de la identidad de los mexicanos es en cierta forma el problema de todos o casi todos los hispanos. No sobra decir que pienso también en los ibéricos. En Estados Unidos todos, en un momento dado, somos hispanos o latinos y en algunas encuestas no hace muchos años el nombre genérico fue el de *mexicano*, sin duda porque se trata del núcleo más grande entre los hispanos. Las estructuras y reglas universales unifican las diferencias bajo una misma raza o grupo étnico. La oposición contra lo “sajón”, por otra parte, afirma el sentido de pertenencia y de unidad. Apenas entran a Estados Unidos guatemaltecos, peruanos o puertorriqueños se vuelven hispanos, latinos o mexicanos. Es cierto que las fiestas o las formas del castellano caracterizan al mexicano y lo diferencian del resto de los hispanos, pero las instituciones, los censos o el catolicismo diluyen la diversidad. Una conversación en un puesto de comida, en octubre de 2011, sirve como metáfora. Ante mi duda sobre la calidad de un vaso de vino, una mesera originaria de Bogotá sostiene su honestidad no con base en los procedimientos sino en la cultura: “Nunca le mentiría a alguien de mi raza”. Primero fue el devaneo en derredor de asuntos culinarios al parecer menores, pero pronto entendí que la confianza

y la verdad se asientan en la raza y el sentido de pertenencia que, a su vez, implícita o explícitamente, se opone a lo anglosajón.

Aunque Chicago cuenta con alrededor de 30% de personas de origen hispano, en su mayoría mexicano, las instituciones tienen esa fisonomía puritana y disciplinante del protestantismo metódico que predomina en toda la sociedad. Las iglesias católicas, incluso, serían una ruina si no hubiesen adoptado desde el siglo XIX propiedades del protestantismo: el inglés como forma predominante de rezar, la recaudación financiera como sistema, la rendición de cuentas, la puntualidad, el voluntariado permanente, el registro de melodías y coros. Apenas en algunos barrios, como Pilsen, cede aquella dominancia y la mexicanidad se vuelve visible. Ahí los murales repiten la imagen de Guadalupe o la cabeza del presidente Juárez. Las iglesias celebran a las quinceañeras. Las calles, las escuelas y los centros de salud llevan nombres como el de Jorge Prieto, protagonista del movimiento chicano y, en la década de 1980, secretario de Salud de la Ciudad de Chicago. Pero la excepcionalidad de vecindarios como Pilsen en realidad revela que la cultura sajona o protestante penetra y define las instituciones esenciales, como la escuela, los hospitales o la policía.

Pienso en casi cualquier institución, desde la cárcel y la escuela hasta los centros de trabajo, la biblioteca pública u oficinas donde se procesan licencias de manejo o la declaración de impuestos. La identidad se reafirma y reproduce en el proceso mismo en que los inmigrantes se incorporan a las instituciones y éstas se rediseñan para atender y acomodar a los mismos inmigrantes. El proceso no es mecánico, no siempre es visible ni está libre de conflictos entre razas y culturas. La identidad no está desconectada de la confrontación y especialmente de un sentimiento que unifica a hispanos y que puede resumirse como miedo a la discriminación y, en un extremo, miedo a la deportación.

Si imaginamos a hispanos y sajones frente a frente, en el marco de casi cualquiera de esas instituciones, todo el conjunto de sus interacciones, dichos, actitudes y reacciones, resistencias, distinciones y disputas, se rige por dos tensiones: amenaza/diálogo y discriminación/intercambio. Desde la perspectiva de una comunidad de lengua inglesa, blanca o afroamericana, los hispanos con frecuencia provocan y hasta intimidan por su lenguaje o vestido, sus formas religiosas o incluso como fuerza de trabajo. Real o imaginariamente los mexicanos son una amenaza. La descripción de los años cuarenta de Octavio Paz del "Pachuco" —un ser que se preserva y a su vez oscila con violencia aunque no acaba de ser ni deja de ser— no es muy ajena a los hispanos y a los mexicanos de hoy en Chicago. La tecnología, la comunicación acelerada y las redes digitales han contribuido a acentuar esa forma extrema de ser. Paradójicamente, también es innegable el diálogo y el enriquecimiento notable en su incorporación a las instituciones y en la adaptación de éstas, que no advirtió Octavio Paz ni muchos de los estudiosos de las minorías en Estados Unidos. La identidad hispana se recrea gracias a las instituciones norteamericanas que se abren y acogen la cultura de los inmigrantes y sus referentes: la Virgen de Guadalupe o la figura del cura Hidalgo, la Batalla del 5 de mayo y la bandera de México, Emiliano Zapata, Frida Kahlo, Juan Gabriel o el subcomandante Marcos. Especialmente el idioma: el reconocimiento de la persona implica muchas veces hablar su lengua.

La extensa literatura sobre los hispanos y mexicanos en Estados Unidos, también el arte, la pintura y el cine, han contribuido a imaginar la mexicanidad como una cultura que transfronteriza. No es que ésta niegue la frontera, sino que la trasciende. Octavio Paz hablaba de una atmósfera para representar la mexicanidad en Estados Unidos. Una presencia firme y que se expande pero no fija ni fácil de asir. También se puede representar como subterránea, no sólo por la forma oculta, indocumentada muchas veces, de la inmigración, sino como una manera más concreta y real de trascender la frontera. Cualquier metáfora podría representar una forma de vivir de los mexicanos. Al cruzar la frontera lo hacen sin desconectarse de sus orígenes y al vivir en Estados Unidos, aun en las ciudades del norte del país, sus prácticas y especialmente su fe y representaciones como la de la Virgen de Guadalupe son como puentes que los reúnen permanentemente con sus comunidades de origen.

La identidad en parte también es resultado de una amplia literatura, casi siempre vinculada a la vida política y al activismo social, la defensa de la identidad y los derechos de los trabajadores inmigrantes. Ésta no es una “literatura pura”, sino muchas veces al servicio de la acción política. Las ideas como un recurso de la acción social, la justicia, la resistencia o la afirmación. El ejemplo más representativo lo constituye la creación literaria y la historiografía chicana, de la cual hay una larga lista de libros que comienza en el mismo año de 1848 cuando se firmó el Tratado de Guadalupe y se desarrolla junto con los linchamientos de mexicanos a manos de multitudes de blancos durante la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX.

La tesis que Paz supo resumir como experiencia propia y a su vez universal: la identidad tras el viaje de la frontera, el idioma y la afirmación como consecuencia de la discriminación, se ha repetido hasta nuestros días. Sin duda hay otras fuentes de la identidad, pero esos elementos, especialmente la discriminación, han sido subrayados en muchos estudios académicos para explicar la identidad. Cabe, no obstante, la pregunta: ¿cruzar la frontera o las experiencias peyorativas en cualquier ámbito es suficiente para explicar la identidad? Mi respuesta es no. Pienso que el hecho realmente determinante son las instituciones. Lo importante es la institucionalización de los elementos de la identidad y la difusión masiva de éstos. Así como una fotografía se realiza hasta que sus claros y oscuros se ponen en positivo sobre un papel o un muro y entonces alcanza la vista de muchas personas en un mismo tiempo o en el transcurso de generaciones, así también los elementos de la identidad realmente trascienden y se difunden cuando quedan puestos sobre un muro, un texto, un papel. El racismo, el viaje o el idioma son como la materia prima de la identidad, pero lo significativo es la institucionalización de esos elementos, es decir, fijar y afirmar estos en algo y comunicarlos a un grupo amplio de personas. De otra forma ni la “atmósfera de la mexicanidad” ni las necesidades o las experiencias individuales contribuyen con la identidad de un conjunto de personas. Creo precisamente que es eso lo que logran las instituciones: fijar los elementos de la identidad y a su vez comunicarlos y exaltarlos entre un amplio grupo de personas. La historia de las casas Bethlehem y Howell constituyen un buen ejemplo de ese proceso en el que es posible, primero, observar los elementos de identidad y cómo estos se expresan como parte de la institución, es decir, se incorporan a la institución, quedan puestos en documentos, imágenes, programas o actividades. En

pocas palabras, ilustran la identidad como un tránsito de la experiencia individual a la vida institucional y colectiva.

De la Howell House a la Casa Aztlán

El movimiento de las casas de asentamiento, cuya principal misión era proveer apoyos educativos y legales, además de programas para inmigrantes y jóvenes, agrupó hacia los años treinta del siglo xx a más de quinientas casas establecidas en las ciudades industriales como Nueva York, Milwaukee y Detroit, además de Chicago. El movimiento Settlement Houses había surgido en Londres y de ahí se expandió a Rusia y Estados Unidos; la historia del mismo movimiento es como la ruta central de cambios sociales importantes desde las luchas obreras de finales del siglo xix hasta el surgimiento del movimiento feminista. En Chicago, especialmente, las casas nacieron con el impulso de organizaciones religiosas cristianas y en el contexto de la inmigración de miles de obreros provenientes de Irlanda, Italia, Europa Central y China, el desarrollo acelerado del transporte ferroviario y de corporaciones manufactureras. Chicago, referente de la revolución del trabajo, también experimentó en esos tiempos el surgimiento de grandes universidades, el desarrollo urbano y financiero y, en la vida política, la corrupción. La insurrección de los obreros de 1886, de donde iban a surgir los Mártires de Chicago y la celebración del primero de mayo como Día del Trabajo, también rodeó a muchas de esas Settlement Houses. Nacidas para vincular a los profesores y universitarios con las comunidades pobres, las casas quedaron naturalmente ligadas a los problemas de los inmigrantes y se convirtieron en protagonistas de los movimientos por la paz, el voto femenino y los derechos de los niños. Las casas y especialmente la que fue referente central, la Hull House, realizaron estudios etnográficos y sociales entre los inmigrantes. En cierta forma, ahí se desarrolló la sociología y el trabajo social de la Universidad de Chicago. Jane Addams, fundadora de la Hull House en 1889 y unos años después presidenta de la Asociación de Casas de Asentamiento, recibió como reconocimiento a todo el movimiento el Premio Nobel de la Paz en 1931. Era la segunda mujer en obtenerlo y la primera fuera de Europa.

También en Chicago surgieron, en 1884, la Bethlehem House y, en 1905, la Howell House. Ésta última nació como parte de una misión presbiteriana y aquélla en el ámbito de la Iglesia Congregacional; ambas en el vecindario de Pilsen para ayudar a inmigrantes europeos, llegados principalmente de la región de Bohemia. Las imágenes de jóvenes en puntas de ballet y los ejercicios gimnásticos tipo Sokol, que envolvían la cultura de masas y el nacionalismo checo, representan bien la cultura predominante de ambas casas. Se fusionaron en 1962 como Neighborhood Service Organization (NSO), con domicilio en el número 1853 de South Racine Street, en un edificio de cuatro pisos que había pertenecido a la Howell House. Mientras ello ocurría, la comunidad Pilsen

veía partir a los hijos de los polacos, irlandeses y checos y en cambio se poblaba cada vez más de mexicanos. La composición étnica de las casas también se transformó. Poco a poco los mexicanos tomaron el control de la organización y a principios de la década de los setenta, con el apoyo de otras organizaciones políticas del movimiento chicano en Chicago, expulsaron a los presbiterianos, quienes tenían la posesión legal del edificio. En 1974 la organización cambió su nombre por el de Casa Aztlán, en referencia al lugar mítico y fundacional de la cultura mexicana. Lo que pasó exactamente es un misterio; algunos artículos de periódicos me hacen creer que los presbiterianos deseaban conservar la propiedad del edificio, pero los mexicanos utilizaron incluso la violencia física para mantener el control de la propiedad y de la organización, para lo cual se apoyaron en los Brow Barretes, un grupo considerado como paramilitar surgido en los años sesenta del siglo xx entre las comunidades mexicanas en ciudades como los Ángeles y Chicago. Una nota en el *Chicago Tribune* resumió los principales hechos el 2 de octubre de 1974:

The president of United Christian Community Services, uccs Garry Oniki, said at a press conference Tuesday that the Casa Aztlan, which is funded by his organization, will close because the Pilsen groups have intimidated staff and board members of the settlement house... According to Oniki, the uccs move followed a two-year struggle for control of the settlement house by the Brown Berets, a militant activist group who allied themselves with the Benito Juarez Health Clinic, also housed in Casa Aztlan. Dorothy Cutler, director of the settlement house, said "since the fight began, my office has been vandalized, there have been robberies, and a member of the Brown Berets threatened my life, although I didn't report it to police". Martin Cabrera, a spokesman for Concilio de Aztlan, which claims representation for a cross-section of the Pilsen neighborhood, denied the charges and said the struggle was for community control of funds and board, and staff members, many of whom live outside the area.

La historia de la Howell y la Bethlehem House hasta su tránsito a la NSO se encuentra documentada en papeles, diarios y reportes, con fotografías incluidas, en el Archivo de Colecciones Especiales en la Biblioteca de la Universidad de Illinois en Chicago. Los posteriores pueden seguirse en notas del periódico *Chicago Tribune* y en algunas carpetas, poco exploradas, en las oficinas de la Casa Aztlán que todavía tienen las señas de la Howell House en algunos muebles y en la arquitectura del edificio. He tenido la oportunidad de entrevistarme con personal de la misma Casa Aztlán. Pero ha sido en sus murales y pinturas que reemplazaron el estilo iconoclasta del protestantismo donde he preferido entender el proceso de integración de los mexicanos a la organización y la transformación de ésta, las desgracias, los héroes y los enemigos. Especialmente me ha sido ilustrativa la guía de Oscar Romero, muralista, responsable del "arte de crear y mirar" de la misma Casa Aztlán.

La historia que recorre la vida de estas organizaciones es la del encuentro en tensión y el diálogo de dos culturas: la blanca proveniente del centro de Europa y la hispanoamericana, representada en la metáfora de Aztlán. Toda la historia, desde 1884, es

como recorrer los momentos más significativos de la inmigración y la transformación cultural de la ciudad. De todo ello, me he ocupado de algunos momentos de las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta. No pretendo una descripción detallada sino encontrar algunas explicaciones. ¿Cómo se integraron los mexicanos a la Bethlehem y Howell House y, después, cómo lograron el control de la organización?

La idea de estudiar la historia de la Bethlehem y la Howell surgió en realidad frente a un problema más general: ¿cómo explicar el crecimiento de la identidad y el nacionalismo mexicoestadounidense sin un territorio y sin el respaldo de un gobierno central? El territorio y sobre todo la política nacionalista del Estado en cualquier lugar del mundo han contribuido históricamente a la identidad nacional mediante hechos materiales o simbólicos, por ejemplo, la creación de mapas, una historia oficial, fiestas cívicas, banderas, himnos y, en general, una ideología en defensa de la nación. El tiempo, incluso, es decir, el proceso de los imaginarios de la nación, parece ligado a la delimitación del territorio. En toda Norteamérica, como en Europa y África, existen cientos de minorías sin Estado y sin territorio. Pero son excepcionales las que sin estos factores se conservan y aún menos las que logran su expansión. La identidad mexicoestadounidense, careciendo de un territorio delimitado, ha sido una de esas culturas con fuerza creciente desde hace más de ciento cincuenta años. Sin duda es determinante el tamaño de la población, alimentada por el flujo permanente de inmigrantes mexicanos e hispanos. Contribuyen además las experiencias de discriminación, el viaje y el cruce de la frontera y otros factores como la vecindad con México y la vitalidad lingüística y cultural de Puerto Rico. Mi punto de partida, sin embargo, es diferente. Sin negar la importancia del tamaño de la población o de las experiencias peyorativas derivadas de la discriminación, como he insistido antes, creo que las instituciones de Estados Unidos (públicas y privadas, locales o federales) tienen una función crucial. Pienso particularmente en las instituciones que contribuyen con la difusión de los elementos de la identidad y a su vez con la reunión, física o imaginaria, de las personas; por ejemplo, las escuelas públicas, las iglesias, los centros de trabajo y, también, los periódicos, los medios masivos y, en los últimos años, las redes sociales. Son las instituciones, además, las que tienen la capacidad real de fijar (en un muro, en una imagen o en un texto) los elementos de la identidad y comunicarlos a un amplio grupo de personas. La historia de las casas Bethlehem y Howell, hasta su derivación en la NSO y Casa Aztlán, la entiendo precisamente como la historia de instituciones que favorecen la identidad y el acomodo de nuevos inmigrantes dentro de Estados Unidos.

Me pregunté también cómo explicar la transformación étnica que concluye en la afirmación de la identidad mexicana, hasta la constitución de la Casa Aztlán. ¿Por qué fue así? Hay una respuesta rápida: el tamaño creciente de la población mexicana en el área de Pilsen y de Chicago. Empero, sobra decirlo, no todas las organizaciones de su tipo se mexicanizan ni todas siguieron la misma historia. Por eso cabe la pregunta: ¿por qué fue así y no de otra manera? Mi respuesta está no en la atención de mexicanos —como casi siempre se cree— sino en los intereses de las organizaciones, sus necesidades naturales de recursos humanos y financieros y en la contribución creciente de mexicanos a estos fines. Es cierto que el tamaño de la población y el servicio a los vecinos son importantes, pero para responder esa pregunta más bien hay que enten-

der las necesidades de las casas y la contribución de mexicanos a éstas, lo cual implica además la participación creciente de mexicanos dentro de la estructura burocrática. En resumen: identidad, cambio institucional, intereses de las instituciones y participación de mexicanos en las funciones sustantivas.

Dos festivales en los años cincuenta: la conexión entre dinero, difusión y participación de mexicanos

Corría la última semana de abril de 1955. Dick Cherry era el director del Comité de Promoción de la Casa Bethlehem. Él y un equipo de siete personas tenían el propósito de anunciar la Feria Anual de la Casa que iba a celebrarse los días 5 y 6 de mayo.¹ Su tarea consistía principalmente en poner en circulación tres mil boletos para la Feria a un precio de quince centavos de dólar cada uno y obtener la mayor ganancia para la Casa.

Al seguir la organización y las acciones de Cherry y el Comité en esos días descubrimos una creencia, casi incurable, en la racionalidad metódica: el mayor beneficio al menor costo, el desarrollo de estrategias de comunicación y el uso de cualquier recurso disponible. Esa racionalidad era parte de la tradición metódica de la Iglesia Presbiteriana y asimismo una realidad dominante en la Casa Bethlehem. La organización tenía tres características significativas: sensibilidad cristiana a los nuevos inmigrantes, acción social y procedimientos metódicos. Hay que agregar que las acciones de Cherry y la Feria en conjunto, así como otras fiestas y campañas para la recaudación de fondos de esos años, dicen siempre algo acerca de las conexiones entre la Casa Bethlehem y los vecinos y, por tanto, nada de ello es ajeno a la etnicidad en la organización de la Casa. ¿Cómo lograr el máximo impacto si no es reconociendo la especificidad cultural de la gente? Y la identidad del vecindario ya se teñía, a mediados de los años cincuenta, de los elementos de la mexicanidad, un hueso muy duro de ganar no considerado en la racionalidad de Dick Cherry ni de ninguno de los directores de la Casa.

Un año antes, en 1954, la Feria Anual de la Casa Bethlehem había sido visitada por cuatrocientas personas y había dejado una ganancia de ciento setenta y dos dólares, de

1 Los documentos de la administración de las dos casas, de sus principales actividades y relaciones con los vecinos de Pilsen y con otras instituciones públicas y privadas, se encuentran en el Centro de Colecciones Especiales de la Biblioteca en la Universidad de Illinois en Chicago, en particular en la Bethlehem Howell Neighborhood Center Collection, bajo la dirección de su bibliotecaria Valerie Harris. Agradezco al personal del Centro el acceso a la colección y la autorización para la consulta y reproducción de documentos, los cuales he usado en los momentos que se reconstruyen aquí.

acuerdo con el reporte *Bethlehem Center Fair* de mayo de 1954. Pero en el reporte de 1955 se iban a dar cuentas mucho mejores: mil personas habían asistido a la Feria y, algo muy importante, las ganancias habían llegado a los setecientos cincuenta y dos dólares. Para entender bien la dimensión de esto, también se pueden comparar esos setecientos cincuenta y dos dólares con la ganancia de quinientos sesenta que en agosto de 1956 iba a dejar un Barbecue Picnic organizado por la Casa con el propósito de recaudar fondos para el enganche de la compra de un terreno en la calle 18va, entre Loomis y Throop, muy cerca de la Casa Bethlehem. Así que la Feria de Primavera de 1955, desde cualquier punto de vista, constituyó un éxito tanto por el número de invitados como por la suma recaudada.

¿Cómo fue posible toda esta ganancia? La clave podría estar en una improvisada “troca” con sonido que el Comité de Promoción habilitó con un convertidor de voltaje, un amplificador de 8 watts y un altavoz. El Comité era el responsable de la publicidad de la Feria y también de la venta anticipada de los boletos y, según la descripción de Dick Cherry en su *Report of Promotion Commite* de mayo de ese 1955, la “troca” de sonido había sido probablemente el “mejor truco publicitario”. Cherry, además, acentuaba estos elementos en su informe:

Large signs should go on each sides of the car. Best time to operate it is between 6:00 and 8:00 each evening beginning about a week before the Fair. Spot announcement of one minute or less were interspersed with music from the car radio. The driver should be cautioned to drive very slowly so that announcements and noise have their fullest impact.

La “troca” con sonido no es sino una condensación de los *Announcements and their fullest impact*. Toda organización de asistencia social se caracteriza por la necesidad de recaudar y muchas de sus actividades se orientan no al servicio de las comunidades sino a solicitar apoyos entre éstas a fin de obtener el financiamiento y los recursos necesarios para el sostenimiento de la organización. Esas actividades eran muy importantes en las casas Bethlehem y Howell, especialmente cuando los recursos no provenían de los principales socios: las grandes iglesias, las empresas y el gobierno. Pero hay algo aquí especialmente interesante que fue el resultado de salir a la calle a buscar el apoyo de los vecinos. Además de un proceso de flujo de dinero estamos ante un proceso de comunicación e interacción con los vecinos. La Casa salía a recorrer las calles, entraba a los hogares con sus anuncios justo a la hora de la cena. Sin embargo, cabe preguntar sobre el proceso inverso: ¿hasta dónde se apoderaban los vecinos de aquella troca? ¿El impacto de la Casa sobre el barrio era tanto o mayor que el impacto del barrio sobre aquélla?

La etnicidad, más que nunca, está en movimiento y tiene un fin muy específico: obtener la mayor ganancia al menor costo. Las ferias son un buen ejemplo para entender la relación entre la casa de asentamiento, el dinero y la comunidad y, por tanto, cómo y por qué los mexicanos se integran a las instituciones como miembros del cuerpo de empleados responsables de los servicios, primeramente en las actividades de recaudación o en la cocina y venta de alimentos, y a partir de ahí escalan en la estructura de la organización. Hasta mediados de los años cuarenta, los mexicanos eran el objeto del servicio, pero a partir de los años cincuenta poco a poco se convierten en los sujetos del mismo.

El funcionamiento de la Bethlehem House o la Howell House podría explicarse de acuerdo a la preocupación permanente para recaudar fondos. Ello implica un esfuerzo sostenido para llevar a cabo distintas actividades de recaudación, algunas de las cuales son la solicitud abierta o directa de donaciones en efectivo o en especie entre las instituciones públicas y privadas, la inscripción de programas y proyectos con fines específicos y la realización de actividades para recibir ayuda de los vecinos. Dependiendo de la época y del nivel de profesionalización de los directivos del centro, las fuentes pueden aumentar su importancia y peso relativo. Hay que decir que en cualquier caso, si seguimos la historia de las casas, encontramos que recurrir a los vecinos fue una de las tareas más productivas en términos de las ganancias. Además, fue una de las acciones más recurrentes. De entre esas actividades predominaban las ferias, pero no era menos importante el servicio voluntario y la realización de eventos especiales como el *barbecue* del 1 de agosto de 1956.

La conexión entre las casas y la comunidad y las familias no sólo tenía el propósito de servir sino de recaudar. En la teoría asumida sobre el funcionamiento de las casas de asentamiento siempre se piensa en éstas en función del servicio a la comunidad. De ahí, no es casual, el nombre genérico de organizaciones de servicio vecinal o comunitario. Derivado de ello se explica su relación con la comunidad, su impacto en ésta y la transformación de la misma institución. Pero no es difícil llegar a otras conclusiones si consideramos sus actividades en busca de dinero. Si la interpretación asumida es que la organización sirve a los vecinos o es para y de los vecinos, otro enfoque centrado en las necesidades e intereses de las mismas casas de asentamiento permite en cambio comprender la necesidad que la organización tenía de los vecinos. ¿Qué era más importante para las casas en 1955, servir o recaudar fondos? No intentaré aquí una respuesta excluyente, sin embargo, hay un punto de partida que no sobra reiterar: la conexión entre las casas, el dinero y la comunidad, debe explicarse no sólo en función de las necesidades de las comunidades pobres sino especialmente de las debilidades de las organizaciones.

En el *Report of Promotion Commite*, Dick Cherry se expresaba orgulloso de un método improvisado pero muy eficiente: un anuncio corto con intervalos de música del radio para provocar el mayor impacto. Cabe aquí anotar que ese anuncio, esencial entre los intereses financieros de la Casa, constituía además la producción de un texto. ¿Cómo se puede provocar el mayor impacto y atraer al mayor número de personas? La respuesta parece evidente: cualquier método que reconozca los intereses de la comunidad y su etnicidad. Ya en ese momento la comunidad hispana y mexicana en particular estaba constituida por 35% de la población en el área de Pilsen y ello en parte explica que en ese año buena parte de la oferta de las casas eran bailes y comida mexicana, lo cual se intercambiaba con expresiones artísticas o deportivas de croatas, serbios y polacos.

Además de la troca y el sonido improvisado, Cherry describía en su informe varios medios de promoción: la venta de boletos puerta por puerta, rifas y otros medios de circulación desde el 20 de abril previo a la Feria. Todo era planeación. El mayor beneficio monetario al menor costo, el viejo principio del protestantismo también era la honra financiera del señor Cherry. Un ejemplo: ese año no se imprimieron carteles debido a la muy baja relación entre costo y beneficio: "We used no posters this year. Their relatively high cost should be considered against any estimate of their publicity value". En cambio,

había otras opciones con mejores resultados: letreros: "The large sign for the front of the building. This sign should serve for many years. Eye screws in the sign and in the library window frames will make it easier to attach the sign in future years", además de la impresión de dos mil volantes y dos artículos enviados a los diarios locales, *West Side Times* y *Bohemian Paper*.

Finalmente, Cherry menciona entre las actividades de promoción el involucramiento de los adultos del mismo vecindario. Yo coloco aquí el hecho como el primero de todas las actividades. Representa la conexión que había entre las casas, hasta ese 1955 todavía *Bohemian Houses*, y el proceso de transformación étnica debido a la participación de los mexicanos: "Good neighborhood people would know much better than staff what kind of promotion campaign would get the best result". *Good neighborhood mexicans* parece una expresión feliz, sin embargo, esencialmente es la evidencia de la conexión entre las organizaciones, las necesidades de dinero y la participación de los mexicanos en la satisfacción de éstas, no como objetos del servicio sino como componentes de las tareas esenciales.

Pensar en instituciones y su conexión con la identidad mexicana conduce, en una concepción tradicional, a las fundaciones de hispanos o "mexicoamericanos". El mayor ejemplo de ello, sin duda, son las decenas de instituciones surgidas en el escenario del movimiento chicano de los años sesenta, en el contexto del movimiento por los derechos humanos. Las casas Bethlehem y Howell, instituciones anglosajonas surgidas como un impulso de la tradición protestante, sin embargo, contribuyen, tanto o más, con la identidad mexicana.

La conclusión aquí es que la institución y la necesidad de dinero implica una conexión distinta a la lógica del servicio: es económica. Hay aquí otros dos elementos: uno, la institución no se entiende sin las características de la comunidad y la historia, la transformación y la producción de textos deben explicarse siempre considerando los valores de la Casa pero también en función de las características de la comunidad; dos, es evidente el impacto en la comunidad: la difusión de una idea, gracias a la acción de la institución que se mueve por sus intereses. Pero la institución misma reconstruye elementos de la identidad, los institucionaliza y, a la vez, los difunde.

La identidad en un carro alegórico de 1965

La Bethlehem Howell Neighborhood Center Collection, de la Biblioteca de la Universidad de Illinois en Chicago, está llena de documentos que datan de finales del siglo XIX y casi todo el XX: recibos de pago y reportes financieros, fotografías, dibujos, correspondencia. A partir de 1955, especialmente en la primavera y el verano de cada año, las cajas de la colección se llenan todavía más de esos documentos, que de manera lineal sumarían varios cientos de metros. Una fotografía de 1965: un ca-

ro alegórico con la bandera y los colores de México es evidencia de hasta dónde ha llegado el proceso de integración de los mexicanos a las casas. Pienso en la mexicanidad como en un amplio grupo de personas que comparten alguno o algunos de estos elementos: el idioma, la raza, aspectos de la historia: héroes o fechas importantes, y la conciencia de pertenecer al grupo y un discurso en defensa de éste. ¿Cuál es la forma específica, el contenido, los referentes de todo ello en Chicago a mediados del siglo xx? La fotografía del carro alegórico que pertenece a la Casa Bethlehem, en un desfile para celebrar la fiesta mexicana de la Independencia, tiene una respuesta peculiar. El carro puede explicarse como una metáfora de la cultura mexicana inmersa en la norteamericana. La ocasión es un desfile en las calles de Pilsen el sábado previo al 15 de septiembre, día tradicional de la fiesta mexicana de la Independencia. En la imagen, sobre la cubierta del carro hay algunos mariachis y tres mujeres con vestidos típicos de México. Entre las luces de sus vestidos y las sombras del carro sobre el pavimento predominan los grises. Sobre la cubierta, no es difícil apreciar los colores de la bandera mexicana. El verde, el blanco y el rojo como formas predominantes de los símbolos culturales y nacionales. Los mariachis en sus trajes de charro —botones plateados— acentúan la masculinidad que contrasta con el blanco de los trajes folclóricos que visten las mujeres. La cultura mexicana condensa no sólo los mayores símbolos de la nacionalidad sino especialmente el arquetipo de varón que en su forma más extrema se opone al blanco de las telas algodónadas de las mujeres. La imagen expresa, además, una transformación de la institución. Se trata del carro mexicano de la Bethlehem House. Es ésta una de las primeras ocasiones en que la Casa expresa su identidad a través de la mexicanidad. De hecho, las alegorías del carro expresan la promoción de la misma Casa y lo hacen en español. Sin embargo, no es la primera vez que la organización utiliza el castellano en los espacios públicos.

La fotografía sirve para imaginar tres explicaciones. La primera, que el número de mexicanos en la zona era ya tan importante en Pilsen que la Casa Bethlehem había decidido conectarse con la comunidad, otra vez, causando el mayor impacto, para lo cual aprovecha la troca de la Casa, ahora con el disfraz de la alegoría mexicana. Por primera vez en los documentos de la organización aparece una expresión en español. La segunda, que las casas ya atendían a un número importante de mexicanos; asumían su identidad hasta el punto de poner en el carro el nombre de la casa. La tercera: la institución se ha convertido en un agente del nacionalismo mexicano en Chicago.

El carro y su diseño son una expresión de la transformación de la institución. En esta transformación hay un hecho significativo: la creación de una simbología que resume la mexicanidad y a su vez la difunde. Hay que advertir aquí algo importante: la participación en el desfile no se permite a los individuos sino a las instituciones. Lo importante de la identidad no es la experiencia individual sino los hechos institucionales y la comunicación a un amplio grupo de personas. La comunicación aquí es la forma más adecuada que podía hacerse en esa época. La radio todavía no alcanzaba a constituirse en un medio realmente masivo entre las comunidades pobres y la televisión apenas surgía. De manera que un festival era uno de los momentos privilegiados para la comunicación masiva. Se ha transformado la institución y ahora incluso se ha vuelto protagonista del nacionalismo mexicano en Estados Unidos.

Conjeturas y explicaciones

La identidad de los mexicanos en Estados Unidos se ha explicado predominantemente por sus relaciones con otros grupos étnicos, especialmente con la mayoría blanca anglosajona y la población afroamericana. Según esto, la identidad en Estados Unidos, forma extrema del carácter y nacionalismo mexicano, es el resultado de la agresión y la persecución desde al menos principios del siglo XIX. El argumento parece irrefutable y, en términos generales, ha sido el mismo para explicar el fortalecimiento de los elementos de la identidad de otros pueblos, por ejemplo de los judíos y de los germanos antes de la Segunda Guerra Mundial. Por eso Ernest Renan, en su conocido ensayo de 1882 sobre la nación, había subrayado la importancia del recuerdo de los héroes como de los fracasos, las derrotas y el sufrimiento en la formación de la identidad.

Mi propósito no ha sido negar el conflicto histórico entre hispanos y anglosajones ni los cientos de incidentes de los mexicanos en Estados Unidos. Empero, creo que nos equivocamos si pretendemos explicar la identidad limitándonos al conflicto y al rechazo, la marginación o la exclusión. Pienso que la identidad mexicana se forma en Chicago —y en muchas otras regiones de Norteamérica— no tanto como resultado del conflicto ni por el rechazo que los mexicanos experimentan sino, más bien, por la función de las instituciones; por la institucionalización de los elementos de la mexicanidad y su difusión. Desde este punto de vista la pregunta adecuada no es cómo la identidad se afirma por el conflicto en las relaciones étnicas sino cómo se reproduce en el proceso en el que las instituciones reciben a los mexicanos.

La transformación de las casas Bethlehem y Howell en Casa Aztlán ilustra la importancia de las instituciones en la reproducción de la identidad y el nacionalismo mexicano en Estados Unidos. Esa historia debe escribirse no sólo por el interés que suscita la misma institución sino para entender su transformación y la de otras instituciones por su relación con la cultura y la inmigración. El nombre mismo de las casas a lo largo de su historia desde 1884, cuando se funda la Bethlehem House, podría ser motivo de una descripción detallada. Sin embargo, he preferido no detenerme en los pormenores y, en cambio, buscar explicaciones. Pienso que ese proceso de incorporación de los mexicanos a las instituciones tiene cuatro fases. Las podríamos seguir en la transformación de las casas Bethlehem y Howell hasta la Casa Aztlán. Y no es difícil además asumir, al menos como conjetura, que dada una atmósfera similar en otras instituciones, esas fases de integración e institucionalización son comunes en instituciones diversas, por ejemplo las hospitalarias, las escolares o las laborales. La primera fase puede denominarse “ingreso”: individualmente o a través de pequeñas olas de familias, los mexicanos entran en las instituciones y comienza un proceso de incorporación y tanteo de los bienes más preciados: en la Iglesia, la comunión o el bautismo; en la escuela, la enseñanza y el cuidado de los niños; en el hospital o las

asociaciones no lucrativas, el diagnóstico, los medicamentos y los recursos económicos, que son tanto o más importantes que los sagrados. La segunda fase es la “convivencia”, que consiste en la necesidad institucional de la participación de los hispanos para generar recursos y proveer servicios. Las instituciones públicas y las asociaciones civiles siempre necesitan dinero y ejércitos de voluntarios. Los recién llegados ahora reciben y asimismo ofrecen su trabajo para tareas sustanciales, unas veces en el mantenimiento o remodelación de instalaciones y otras en la enseñanza, el cuidado de los sacramentos, la elaboración de alimentos o la recaudación de fondos. La tercera fase es la de “administración y gobierno”. En ésta los inmigrantes no sólo participan de las dos fases previas; administran, además, los bienes sagrados o las tesorerías, dirigen las instituciones y forman parte del consejo directivo o el órgano de gobierno. La última fase puede llamarse “transformación” porque, una vez asimilados los mexicanos en las células de toda la institución, ésta tiene una operación diferente y ello es relevante tanto para la esencia de la misma institución como para los elementos de identidad, el sentido de pertenencia y la solidaridad entre los miembros. Esta fase incluye incluso la posibilidad de expulsión de los sajones y el destierro de las formas culturales otrora predominantes expresadas en símbolos, celebraciones o representaciones de raza.



Nunca le mentaría a alguien de mi raza:

experiencias y estudios sobre la

identidad mexicana en Chicago,

de Fernando Vizcaíno,

editado por el Programa Editorial

de la Coordinación de Humanidades de la UNAM,

se terminó de imprimir

en octubre de 2017

en Impresos Vacha, S.A. de C.V.,

José María Bustillos No. 59,

colonia Algarín, 06880, Ciudad de México.

La tipografía se realizó en tipos Minion Pro

de 11:14 y PT Sans Narrow 26:34 puntos.

Se tiraron 1000 ejemplares impresos en Offset

en papel bond de 120 gramos.

Para los forros se usó

cartulina sulfatada de 12 puntos.

La edición, producción y cuidado de la impresión

estuvo a cargo de Anturios Digital, S.A. de C.V.

11. *La antropología mexicana: un proyecto de nación*
Rodolfo Stavenhagen
12. *Poética de la crónica*
Vicente Quirarte
13. *La modernidad en sus escritores*
Ricardo Pozas Horcasitas
14. *Definición y moraleja de la verdad*
Guillermo Hurtado
15. *Nunca le mentiría a alguien de mi raza*
Experiencias y estudios sobre
la identidad mexicana en Chicago
Fernando Vizcaíno
16. *Identidad, psiquismo y cultura*
Marta Lamas
17. *Igualdad de género, medios de comunicación y TIC*
Aimée Vega Montiel
18. *Historia y gramática. La lengua española en América*
Concepción Company Company
19. *Trabajar en la antropología*
Rafael Pérez-Taylor y Aldrete
20. *Reflexiones por la Paz*
Rigoberta Menchú Tum

En una época en donde se replantean “encrucijadas fronterizas”, Fernando Vizcaíno exploró la vida de los mexicanos en Chicago y su primera definición sobre su identidad en Estados Unidos es “...la respuesta a la discriminación que experimentan los mexicanos” en este país. La idea anterior es el punto de partida para conocer cómo la comunidades mexicanas e hispana han influido en el orden natural del *American way of life* que, según el autor, desde la perspectiva de una comunidad de lengua inglesa, blanca o afroamericana, los hispanos con frecuencia provocan sorpresa y hasta intimidan por su lenguaje o vestido.

■

Fernando Vizcaíno, investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, es crítico del nacionalismo como corriente ideológica y política, desde una postura que supone repensar la historia y entender mejor los orígenes del nacionalismo en México.

Entre su obra destacan: *Biografía política de Octavio Paz*; *El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*; *Nación y nacionalismo en las Cortes de Cádiz*; *Repensando el nacionalismo en Vasconcelos*; *Octavio Paz frente a la autonomía indígena* y *La Virgen de Guadalupe y la identidad en una parroquia en el área de Chicago*.



ISBN-13: 978-607-02-9475-4

